

UNA FAMILIA EN BELÉN.



SEGUNDA SERIE.—1862.

AÑO XX. 28.

Estamos en Belén. En esa humilde y pobre aldea mas grande y venerada siempre en la historia humana que Babilonia, Menfis, Atenas, Roma, Londres y París con todos los esplendores de sus artes, el brillo de sus riquezas y el orgullo de su poder. La escena que representa el grabado de este artículo no es una escena de imaginación, ni el fruto de la inspiración del estudio; es la verdad misma. Está copiada del natural por un artista que ha hecho el viage de la Tierra Santa, y que la ha visto al pié de un sicomoro: la madre grave y pensativa, y al lado de ella su hijo mayor sonriendo con cariño á su hermoso hermanito que alegre se embriaga en el santo manantial de la leche materna. ¿Quién de nuestros lectores, al repentino encuentro de este grupo sencillo, rústico, y donde sin embargo todo respira un aire de distinción natural no se conmoviera y se trasladaria con estremecimiento á uno de los recuerdos bíblicos? El efecto sería todavía mas poderoso si el colorido animase nuestro dibujo. Las mugeres de Belén, á pesar de sus pobres vestidos, los llevan con una severa elegancia, respetan una tradición que se pierde en la sombra de los tiempos, y nos es permitido creer que se visten hoy en su aldea, poco mas ó menos, como se vestían ahora hace mil novecientos años. Las costumbres se conservan allí tan primitivas como entonces. El alimento es tambien tan frugal: el maíz y los dátiles bastan al mantenimiento de los habitantes de Belén. Los estímulos del progreso moderno no atormentan sus almas, y allí se piensa y se medita mas que se obra. Nada parece cambiado en aquel pequeño rincón del globo desde donde ahora hace diez y nueve siglos brotaron los poderosos rayos de la verdad y de la grandeza moral, que fueron y van iluminando y dando calor y vida al mundo.

El grupo de una familia, de unos pobres habitantes de Belén, hace á su sola vista recordar las escenas de la sacra familia de Jesús, María y José. Tanta es la similitud de los trages y las costumbres de hoy, como la de los trages y costumbres de la época del nacimiento del Salvador del mundo.

UN PRINCIPE CALAVERA.

Un sueño de una noche de verano.
(Zarzuela.)

I.

Nuestros amables lectores se servirán trasladarse con nosotros á un extremo de Londres, cerca del camino de Rochester, espacio lleno por los años de 1400 de terrenos incultos, de lagunas y de prados, donde se alzaban acá y allá algunas casas deladriños y de madera. En una ahumada taberna de paredes groseramente pintadas, conferenciaban en alta voz varios amigos, mezclando al ruido de su conversación el choque de los vasos de hoja de lata. Uno de ellos, personaje de alta estatura, fué á descolgar de un clavo de la cocina un jamón que hacia seis meses que estaba puesto al humo, y á pesar de las reclamaciones del tabernero, lo llevó en triunfo, diciendo:

—¡Victoria, amigos míos! Aquí traigo este avechucho que he atrapado en la cocina... El pícaro de Patrick que decía

que tendríamos que contentarnos con pan seco! Beberemos y comeremos á su salud.

—Señor, murmuró el tabernero con timidez, este jamón pertenece á unos marineros que deben venir hoy á almorzar aquí.

—Que se pasen sin él.

—Pues entonces pagádmelo, por que no sé si puedo fiar en vuestras señorías.

—¡Bah! somos de buena familia, y yo me llamo sir John Falstaff... ¿Quién de vosotros tiene dinero? Por lo que hace á mí, estoy reñido en este momento con todas las monedas que corren en Inglaterra.

Un jóven que habia escuchado aquella corta reyerta riendo á carcajadas, la cortó con estas palabras:

—Toma, John, aquí está mi bolsillo que puedes dar á Patrick por el jamón.

—¡Atención! dijo Falstaff; nuestro amigo Harry necesita que yo le enseñe á ser económico.

Y presentando una moneda de oro al tabernero, el cual se inclinó profundamente, guardóse lo demás en la faltriquera del pantalón. Aumentóse con esto la hilaridad de Harry, y á poco el canto estrepitoso de veinte aturdidos estremeció las paredes de la sala.

Acababa de dar la queda, y los perezosos viajeros se apresuraban á ganar las primeras casas de Londres. Densas tinieblas se estendian por la campiña donde brillaban acá y allá algunos farolillos que llevaban los criados, cuando de pronto fué á asaltar á Falstaff una idea, palmoteó de alegría.

—Camaradas, les dijo, que tal ¿os divertís?

—Si, respondió Harry; ¿mas por qué nos haces esta pregunta?

—Me parece que la fiesta se va poniendo muy pesada, y que debemos variar de rumbo. El jamón se ha acabado, ya no hay cerveza, y soy de opinion de que debemos asustar á los viajeros que caminan en este momento de Rochester á Londres. Les aliviaremos el bolsillo para completar la comedia, y volveremos aquí á beber á su costa.

—Adoptado, exclamó Harry.

—Adoptado, repitieron los demás en coro.

Y derribando mesas y bancos, salieron de la taberna y tomaron la dirección marcada por Falstaff, que era el jefe de la cuadrilla. Todos se cubrieron el rostro con una careta, según costumbre de aquellos tiempos, y emboscándose á lo largo de las dos filas de árboles que coronaban el camino, esperaron en silencio.

El primer viajero que se presentó, fué un fraile agustino que volvia de un monasterio inmediato, caballero en una sosegada mula.

—¡Alto! oyó decir de repente.

—¡Misericordia! murmuró ¿qué quereis?

—Tu bolsa.

—¡Ay Jesus! solo tengo unas pobres alforjas.

—Sin duda llenas de limosna; venga, y ¡pronto!

Después que el monge fué robado, dos aldeanos, tres mugeres, y un noble que intentó, aunque en vano, hacer resistencia, sufrieron la misma suerte. Parecia que Falstaff y sus amigos habian ejercido toda su vida el latrocinio á mano armada. Sin embargo, uno de esos locos dijo que todo aquello olia á Tiburn (1), y sir John respondió:

(1) Nombre del sitio donde se ajusticiaba.

—No tengas cuidado, que el Príncipe de los Calaveras nos cubre con su proteccion. ¿No es verdad, Harry?

—Ciertamente, yo respondo de todo.

—Por otra parte, añadió Falstaff, ya tenemos un buen botín; con que volvámonos á la taberna, donde cenaremos, regando el asado con algunos vasos de vino de España.

II.

Vueltos los viajeros de su primer espanto, habíanse reunido en presencia del enemigo comun, y como vieron que los salteadores se retiraban precipitadamente, pensaron que tenían mas deseos de oro que de sangre y no abrigaban otro objeto que poner á cubierto la rapina. Marchando pues con precaucion, siguieron á lo lejos las huellas á los camaradas de Falstaff y llegaron á la taberna, donde comenzaba de nuevo el canto con acompañamiento del choque de los frascos. El noble y uno de los aldeanos se separaron del grupo y fueron en busca de un magistrado, mientras el resto de los quejosos hacia centinela delante de la puerta.

El magistrado se trasladó inmediatamente á la taberna con varios arqueros, porque el suceso le parecia de la mayor gravedad, y entró delante diciendo:

—En nombre del rey y las leyes del país, os arresto á todos por ladrones insignes y enemigos del reposo público.

Harry se llevó á los labios un gran vaso de vino de España, y dijo con tranquilidad:

—Veo que dormís, amigo mio, porque aquí solo hay unos nobles que se divierten en paz.

—¡Oh cielos! murmuró el magistrado, es monseñor el príncipe de Galles.

Estremeciéronse los viandantes al oír estas palabras y se quitaron los sombreros.

—Sí, dijo el príncipe reclinándose contra el espaldar de su banco de encina, soy yo el alegre Harry. ¿Qué tiene esto de particular? ¿No es conveniente que me familiarice con mi pueblo?...

—¡Buen medio ciertamente, respondió el magistrado, comenzais robando á vuestros súbditos, y luego quereis que os amen!

—Dejémonos de moral, exclamó el príncipe con impaciencia, y volviéndose á los viajeros les dijo:

—¿Os atreveréis á sostener que os he maltratado?

Uno de los aldeanos clavó la vista en Falstaff y dijo:

—De seguro éste es uno de los ladrones.

—¡Yo! saltó Falstaff con fingida indignacion; no sé como me contengo.

El magistrado se colocó en seguida sobre una especie de estrado, escuchó la declaracion de los quejosos, á los cuales puso en posesion de lo que se les habia robado, y despues condenó á los compañeros del príncipe á pasar la noche en la cárcel.

—Tambien yó sin duda, dijo Harry, estaré comprendido en esta sentencia.

—No, milord; pero si os esceptuo de esta humillacion no es á causa de vuestro rango, sino por respetos al rey vuestro padre.

—¡Viejo insolente!

Esto dijo el príncipe de Galles, y arrojándose sobre el magistrado, le dió un golpe violento.

III.

A la mañana siguiente un anciano se presentó en el palacio y solicitó una audiencia del rey. ¿Qué es lo que pasó en aquella entrevista?... Al cabo de una hora, el venerable monarca preguntó si el príncipe de Galles habia vuelto á palacio, y como se le hubiese respondido afirmativamente, le llamó á su presencia y delante del magistrado le dijo:

—Todo lo sé, porque este digno magistrado me ha revelado tu abominable conducta.

—Padre mio, creed....

—Es inútil que procures defenderte, te lo repito, lo sé todo; te has empeñado en apesadumbrarme, cubriendo de oprobio mis canas. ¡Qué! yo gobierno este país, poseo una parte del territorio francés y no puedo dominar las pasiones de mi hijo! ¿Son estos los ejemplos que debían recibir de tí tus hermanos, y no te abochornas de tí mismo cuando oyes por todas partes al pueblo bajo pronunciar tu nombre con familiaridad? Puesto que descienes voluntariamente hasta él, bien pronto se pondrá sobre tí, y no hay razon para que despues de mi muerte, este palacio sea una taberna abierta á todo el mundo!

El rostro del príncipe estaba como el carmin, y con los ojos bajos escuchaba Enrique las palabras severas de su padre justamente irritado, hasta que al fin dijo:

—No procuraré negar mis faltas: conozco que he obrado mal, pero ¿qué le hemos de hacer? Lo pasado, pasado.

—No, exclamó el rey, porque mañana volverás á tus infamias, gracias á los consejos de tus compañeros de disolucion. Has quebrantado la ley y ultrajado á un anciano, á un juez. ¿Sabes que has dado un bonito ejemplo?... La ley debe ser observada por los príncipes, no menos que por los súbditos, porque si liga á los pueblos, protege al soberano, á quien todos deben respetar. ¿Quién te obedecerá si no respetas á los ancianos? Aunque este digno magistrado te ha impuesto un castigo, esto no es bastante, y es preciso que le pidas perdon.

—¡Yo, padre mio!

—Sí, si, aqui mismo, en mi presencia.

—Señor, dijo el juez, no exijais que el príncipe se humille de esta suerte.

—Lo repito, tiene que pedir os perdon: si vos teneis la bondad de olvidar vuestra injuria, esto no es razon para que yo pierda tan pronto su recuerdo.

—¿Y bien, Enrique, que esperas?

El príncipe presentó la mano al juez, y le dijo con voz conmovida:

—Dispensad mi conducta y dadme el abrazo.

—Monseñor, murmuró el juez con ternura, en este momento sois digno hijo de un gran monarca.

—Y yo, repuso el rey, soy feliz por encontrar entre mis súbditos, quien tan bien comprenda sus deberes de magistrado, y por tener un hijo obediente á la ley. ¡Enrique, que esta leccion te sea útil!

—Lo será, padre mio.

—Lo veremos, dijo el monarca.

IV.

La Inglaterra acababa de perder á Enrique IV, su amado soberano, y en el pueblo reinaba sorda fermentacion, porque

todos veían con temor brillar la aurora de un nuevo reinado. Todo el mundo sabía que antes de llamarse Enrique V el rey actual, era conocido por Harry el Calavera, y se temían los excesos de un poder mal aconsejado, y se creía que los antiguos compañeros del príncipe de Gales, pisarían con insolencia las gradas del trono, dejando á un lado á los tíos y á los hermanos del rey, y hundiendo sus insaciables manos en los tesoros del Estado. Estos temores subieron de punto cuando el primer día de besamanos la multitud vió á Falstaff al frente de una brillante comitiva, la cual se dirigía hacia la puerta principal de palacio. Esperanzados en el próximo valimiento de estos señores, los judíos de la Cité les habían prestado grandes sumas para que se equipasen; de suerte que los caballos llevaban monturas bordadas en oro y armas de brillantes colores, mientras Falstaff y sus amigos lucían mantos de terciopelo, elegantes caperuzas de seda ó de paño cubierto de oro, ricas manteletas y espadas primorosamente cinceladas.

Al pasar oyéronse murmullos de indignación, y algunos gritos de «¡abajo los impíos y los enemigos del pueblo!»

Pero Falstaff, mirando á la muchedumbre con arrogancia, metió espuelas á su bridon, y las turbas retrocedieron bramando de cólera.

Cuando sir John y sus camaradas entraron en la antecámara, encontraron allí á los primeros señores y á los principales empleados de la corte, los cuales les miraron con desprecio; mas su insolencia no se disminuyó, y esperaron con paciencia la llegada del gracioso soberano.

Alzóse un ancho tapiz, y el uigier gritó con voz sonora:

—¡El rey!

Enrique apareció vestido de luto, y grave como debe serlo un joven cuya herencia es una corona. Paseó sus penetrantes miradas por la doble fila de cortesanos, embajadores y caballeros, á los cuales dirigió palabras afables, y cuando entre la corporación de magistrados divisó al juez que le puso en la cárcel, contrajo el rostro del rey cierta alteración repentina.

—Probablemente, le dijo, habreis olvidado un suceso que tuvo lugar entre nosotros hace tres años.

—No le he olvidado, señor.

—¿Cómo, pues, os habeis atrevido á presentaros en este sitio?

—Porque mi conciencia está tranquila; hace tres años que no hice otra cosa que cumplir con mi deber.

—Si, respondió el rey abrazando al anciano, si, supisteis cumplir con vuestro deber, y como estoy seguro de que protegeréis al pueblo, os nombro gran Justicia de Inglaterra.

—¡Dios salve al rey (1)! gritó la multitud con entusiasmo.

Sir John se acercó en aquel momento, y el monarca le dijo mirándole con desden:

—¿Quién sois?

—¿Cómo? ¿V. M. no me conoce? Soy Falstaff, el camarada del alegre Harry.

—Retiraos, que si hubo un Harry, ya no existe. Retiraos, que harto tiempo me habeis estraviado, animándome á que faltase á mi deber para con mi padre y mi pueblo. Os destierro para siempre de mi presencia, y no os impongo otro

castigo, por que he sido vuestro cómplice; pero acordaos que os está prohibida la entrada en mi palacio, y procurad reparar por medio de una conducta mas noble el escándalo que hemos causado á los hombres de bien.

Así es como el gran rey Enrique V supo borrar las huellas que dejó un príncipe calavera.

PROMESA DE UN SOLDADO

A LA VIRGEN DEL CARMEN.

Frente al mar Océano
Un templo se alza, que con santo celo
El religioso pueblo gaditano
Erigió á nuestra madre del Carmelo,
Do en culto fervoroso y esplendente
La adora y ruega su piadosa gente.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Españoles y españolas
Ya la guerra se acabó,
Demos por ello las gracias
Al divino Salvador.
¡Viva la Reina del cielo!
¡Viva la Reina Isabel!
¡Viva el ejército invicto
Y su caudillo O'Donné!

CANTO POPULAR.

Los sencillos moradores del pueblo de Dos-Hermanas, se quedaron sorprendidos cuando el camino de hierro que conduce de Sevilla á Cádiz vino á favorecerlos, y estáticos cuando con bronco mugir vieron venir por él *el monstruo deformado sin cabeza que volaba sin alas, y arrastraba tras sí una cáfila de galeras* (1).

Una nueva era se abría para esta tranquila y silenciosa aldea que se formó alrededor de una capilla labrada por dos hermanas.

Esta nueva era acabará con el silencio y soledad del lugar; sustituirá en muchas casas techumbres de tejas á las de aneas; pondrá todo bonito, simétrico, renovado, pero el pueblo dejará de ser tan sencillo, campestre, y rústico como hoy lo es, y por lo tanto no será ya tan poético para aquellas mentes que hallan la poesía y lo pintoresco campestre, en lo natural, sencillo y rústico, y no en lo ataviado (2).

En una de las casas situadas al extremo opuesto del que ocupa la estación, sentadas en el patio-corral, se veían en una mañana del mes de junio sentadas varias mugeres ocupadas en faenas domésticas, cuando por la siempre abierta puerta de la calle entró una anciana diciendo:

—Dios guarde á Vds.

—Y á Vd. por muchos años, contestaron.

—Bien decia yo, añadió una de las vecinas de la casa, que era joven y estaba cosiendo, bien decia yo que venia visita,

(1) Textual.

(2) Que no se nos crea por esta causa enemigos de los caminos de hierro, como gratuitamente lo ha supuesto un crítico inglés. Somos grandemente partidarios de ellos, por creer esta manera de viajar la mas cómoda, rápida y segura, y su establecimiento el solo modo de evitar el martirio de los infelices caballos y mulas.

(1) God save the King!

porque rato há que el gato se está lavando la cara. ¿Qué trae Vd. de bueno, tía Manuela?

—¡Traer bueno! repuso aquella, pues si lo bueno lo vengo á buscar porque no lo hallo!

—¡Ya! como que está en el cielo; pero Vd. no se queje, tía Manuela, Vd. que tiene en Sevilla á la señora que tanto la socorre, y que le *empresta* para que siembre sus matas de melon, que quien te *empresta* te ayuda á vivir.

—Sí, hija, cuando se *empresta* como lo hace la señora, á la que nunca puedo devolver lo *emprestado* y que nunca me lo pide; que á no ser así, cuenta con que cochino fiado gruñe todo el año. Si no fuera así, ¿cómo le costeaba yo la enfermedad á mi Juan, que tiene un bulto como medio melon sobre las costillas? y además un dolor en una pierna que dice el *meico* es de *romantismo*? hija, como que casa vieja todas son goteras, y mi Juan tiene ya cumplidos los tres duros y medio (1); mi hijo se ha casado, y ya salió de casa ese jornal; y mi hija que enviudó, se va la infeliz á lavar en casa del estanquero á ganarse la vida, y me deja á mí sus tres criaturas para que las cuide y les dé de comer, por aquello de que tú que no puedes llevame á cuestras. Estaban en cue-recitos y la señora me los vistió. ¡Dios se lo dé á su señoría de gloria! ¡Cuánto no hacen los ricos por nosotros los *probes*! y mas de cuatro no lo conocen y son ingratos con ellos. No así yo, que bien se me previene lo que merece por lo que hace conmigo, y le digo de aquesta manera: ¡Ay señora! nadie sabe lo que vale un *merecido* aquí abajo, y allá arriba! asína es que ha dispuesto su Divina Magestad que nos salvemos todos, dando para ello á los ricos el camino de la santa caridad, y á nosotros los *probes* el de la santa conformidad.

—Tía Manuela, dijo la dueña de la casa, tengo puesto un guiso de habas, ¿quiere Vd. comer?

—Dios te lo pague, que aproveche, ¿ya vas á comer? ¿pues qué hora es?

—Las todas (2), y por eso voy á poner la comida, que en dándole á uno las doce comiendo se alcanza la bendición del Papa.

—Mucha verdad que es; y tambien que son las doce, que están repicando.

—¡Vaya si repiquetean! dijo la vecina, ¿qué santo querrá sacar la cabeza mañana?

—¡Hija! ¿vives en Babia? repuso la tía Manuela; es Corpus Christi, la fiesta del Señor, y ya sabes que en verano las grandes fiestas son: Trinidad, Corpus Christi y la santa Ascension.

—Ahí viene tu hijo Roque, dijo á la dueña de la casa la vecina que estaba sentada frente á la puerta y veía la calle, cantando que se las pela. *Ende* que ha estado en la guerra del Moro se le han espabilado las luces que es un asombro.

—Pues que ¿cumplió ya tu hijo, Isabel? preguntó la tía Manuela.

—No, señora, sino que ha venido con dos meses de licencia, y está con su padre en la era trillando la cebada.

Acercábase á la casa un gallardo mozo, que con sonora y clara voz venía cantando:

Soldadito soy del Rey,
Y, como pobre con honra,

(1) Setenta años.

(2) Las doce.

Si el Rey me mantiene á mí
Yo mantengo su corona.

Estaba Muley Abbás
En su tienda de campaña,
Lo echó el Conde de Lucena
Gritándole: ¡Viva España!
¡Ay que lástima me dá
De ver los moritos chicos
Llorando por su papá!

A orillas del río Martín
Una morita decia:
Si ganan á Tetuan
Se acabó la morería.
¡Ay que lástima me dá
De ver los moritos chicos
Llorando por su papá!

Al pié de Sierra Bullones
Una morita lloraba,
Por no poderse casar
Con el general Zabala.
¡Ay que lástima me dá
De ver los moritos chicos
Llorando por su papá!

—¡Hombre! le dijo la vecina cuando entró el mozo, como has estado en tierra de Africa, no cantas mas que coplas de por allá.

—Señora, como la guitarra es mia, canto por donde me parece, contestó el soldado.

—Dios te guarde, Roque, dijo cariñosamente la tía Manuela, parece que desde que no nos vemos no nos conocemos! amigo, desde que has vuelto de la guerra de Africa has echado fantasía, y una voz que parece la de un *ruinseñor* (1). ¿Te han enseñado los moros á cantar?

—No, señora, tía Manuela; los moros no me han enseñado mas que á correr tras ellos.

—Oye, Roque, ¿estarian muy embravecidos, ellos que siempre lo están, de ver á la gente de España por su tierra?

—¡Qué si lo estaban! como que un moro mordió á un cristiano, y el cristiano á los cuarenta dias rabió.

—Pero ni por esas consiguieron meterles miedo á los de acá, Roque. ¡Qué valientes! qué sufridos! qué denodados! vamos si han asombrado Vds. al mundo, y se ha dicho que á pesar de su bravura les tenían á Vds. los moros mas miedo que á los leones de su tierra. ¿Viste alguno?

—Ninguno vide, mas que al español en nuestras banderas, por lo visto, al verlo los leones de por allá huyeron de él como los moros huían de nosotros.

—Oye, Roque, preguntó la vecina, y los gobiernos, ¿eran tan valientes como los soldados?

—¡Vaya que si lo eran!

—¿*Toos*?

—Todos y cada uno de por sí, segun su genio ó su cargo. Asína era que decíamos:

¿Quién tiene la faz serena?
Lucena.
¿Quién es un gran paladin?
Prim.
¿Quién es noble y es humano?
Ros de Olano.

(1) Ruiseñor.

¿A quién no detiene nada?

A Quesada.

¿Quién no le teme á las balas?

Zabala.

¿Quién dice siempre «adelante?»

El sobrino del Infante (1).

—Así me place, hijo, opinó la tía Manuela. Los gobiernos se deben acatar siempre, y si se portan como aquellos con mas razon acatar y enaltecer, que dice el Santo Evangelio, dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. Pero, Roque, ¡qué de tiempo se estuvo sin tener norte de tí, y sin nosotros saber si honrarte vivo ó llorarte muerto, prosiguió la anciana.

Después cundieron las voces que habías estado preso y que te metieron en consejo de guerra, ¿Qué delito hicistes, hombre?

—Ninguno. Vaya que el lance ese ha metido mas ruido que una tronada!

—Pues se te culpaba mucho; Roque.

—¡Toma! como que no hay víboras mas emponzoñadas que las lenguas de los hombres!

—No supimos ni yo ni su padre que lo culpaban, dijo con indignación la madre del soldado.—Vaya, vaya, querer culpar á mi hijo es como arrancar los manteles á los altares. Cuidado con lo que se miente! perdida anda la verdad. Razon lleva el Padre Cura que refiere que cuando acaba de decir misa y el último Evangelio, al cerrar el misal, dice: *A Dios, verdad, hasta mañana.*

—Pues sepasté, Roque, dijo la vecina que tu novia que lo supo te ha dejado y le habla á otro.

—Desde que pisé la tierra de España lo supe,—ya vé Vd. que su noticia es mas vieja que el modo de andar.

—Y qué dijistes?

—Qué dije?

¿Qué cuidado le dá al Rey
Que se le muera un soldado?
El mismo se me da á mí
De que ella me haya dejado.

—Bien dicho, hijo, opinó la tía Manuela. En los amores no es menester atollancarse, si no pasar de largo si no pintan bien.

—Cuéntanos el lance, Roque, pidió la vecina.

—Ante todas cosas, hijo, interrumpió la tía Manuela tenia pensamiento de preguntarte á tí que has estado por allá,

(1) S. A. R. el Conde de Eu, jóven héroe de diez y siete años.

De estas que los soldados llamaban *aleluyas*, hemos oido muchas mas, asi como coplas que no insertamos por falta de espacio en cuadro tan reducido. Pero no podemos menos de transcribir aqui las siguientes:

Fué tan récio el tiroteo
Que los moros empezaron,
Que al general Echagüe
Le mataron el caballo.
¡Hijos míos! no temer
El que os quedeis sin gefe,
Que si mi caballo ha muerto
Aqui teneis el ginete.
Así pues, ¡vamos á ellos!
¡Españoles! adelante!
Que aunque me han quitado un dedo
Falta ninguna me hace.

que es la tierra de las golondrinas, si es verdad que, tan parleras y cantoras como son, en llegando el Jueves y el Viernes Santo, no abren su pico y se están calladas como en misa?

—Mucha verdad que es, contestó el soldado; tambien yo lo habia oido decir, y estando en Tetuan por la Semana Santa, me puse en acecho y noté que ninguno de esos animalitos que todos los dias nos tenían atolondrados los oídos, (porque allí hay golondrinas para nublar al sol), ninguna se dejó oír; estaban tristes.

—¡Animalitos de Dios! dijo eternecida la tía Manuela, que recordaban y honraban mas la Pasión del Señor que esos salvages infieles moros!

—Ahora cuéntanos tu perance, Roque, insistió la vecina; cualesquiera cosa apostaría yo á que es cosa de pendencia, porque tú, Roque, has sido siempre muy torero.

—Y que allí, añadió la tía Manuela, como tenían Vds. carne, pan, y vino largo, y hasta café como los usías, estarían Vds. con muchos brios y arrogancia. Por entónces todo estaba aquí sosegado y pacífico, pues el invierno fué de aguas que creíamos que la íbamos á poder beber en pié sin agacharnos; no habia dónde ni cómo ganar un jornal; y no hay cosa que mas amanse que el no tener, pues el que no junta mas que para un cuarteron de pan, no lo gasta en vino, y sabido se es, que todos los desmanes salen de las tabernas, mal haya ellas!

—Por esa cuenta, observó el soldado, le placirá á Vd. mucho la pobreza, tía Manuela.

—No es decir que me plazca, hijo mío, repuso la buena muger, que no todo lo que á nuestra alma aprovecha place á nuestros sentidos que son muy terrestres: pero conozco las ventajas de la pobreza, pues dime, ¿qué ha de pecar ni andar en devaneos, el que se levanta con un: *¡ay Dios mío!* y se acuesta con un: *ay Dios mío!*

—Tía Manuela, ¿se ha metido Vd. á predicador? preguntó con benévola sonrisa el soldado.

—Si hijo, respondió la tía Manuela, eso es lo propio de los ancianos para enseñar y guiar á los mozos.

—¿Y si no se dejan enseñar y se burlan de Vd.?

—Peor para ellos, Roque, á mí no me han de perturbar por eso, que á quien ara derecho nadie le echa el arado atrás, y que no hay mal piloto cuando el viento es bueno. Pero tal cosa no la harás tú, hijo mío, que te criastes por buenos padres en buenos principios, á ménos que en la guerra del Moro no hayas desaprendido á ser cristiano.

—¡Qué está Vd. diciendo, tía Manuela! en la guerra de Africa, sépalo Vd., éramos todos por un rasero mas cristianos que el mismo apóstol Santiago!

—Verdad dices, y asi es que fueron Vds. vencedores en las lides, y después bienhechores de los pobres que se morían de hambre, mas que fuesen judíos. ¡Cristianos legítimos!

—Vea Vd.! prosiguió acalorado Roque. Vea Vd. que los Moros le pusieron por dictado al general en gefe: el *gran Cristiano!*

—Ay señor, exclamó la buena y religiosa muger, y que satisfecho y ufano debería estar Su Excelencia con ese honroso dictado! mucho mas, pues ya lo creo! que con el de Duque de Tetuan que le dió S. M. la Reina; y aun mucho mas que por el *gran* por el *Cristiano*, pues ¿qué dictado habrá que al lado de este no se oscurezca como las estrellas cuando sale el sol?



—Vea Vd., repitió el soldado de Africa, desaprender á ser cristiano yo! yo! que debo mi salvacion en el lance de que se platica á un milagro de la Virgen Santísima!

—¡De la Virgen! exclamó la tia Manuela, cuenta, cuéntalo, Roque, que sin saberlo ya estoy llorando.

—Han de saber Vds, principió el soldado, como que antes de embarcarnos para la costa del moro, estuvimos unos dias en Cádiz. Allí ví una funcion que en accion de gracias por el amparo que les habia prestado, hacian la tripulacion y pasajeros de un barco, á la Virgen del Cármen. Sepa Vd., tia Manuela, que la Señora del Carmen es en Cádiz tan querida y reverenciada como lo es aquí nuestra madre del Valme, en particular por las gentes de mar, que le dicen la *Estrella de los Mares*.—Mi madre y Vd., tia Manuela, si hubiesen presenciado aquella funcion se mueren de gozo.

—Si, hijo, sí, ¡bendito sea el Señor!

—Allí habia mas luces en el altar que estrellas enciende el Cielo ante el trono de Dios: ¡Qué de flores, qué de incienso, qué de plata, qué de oro, qué de alhajas en aquel santuario!!

—¡Tanto, tanto nos parece á nosotros, siendo todo tan poco para Dios! dijo la tia Manuela.

—Y sobre todo, prosiguió el narrador, ¡qué de almas! y al pie del Presbiterio toda la tripulacion del barco postrada teniendo puesta ante ella la vela del barco hecha girones, que habian traído como muestra de la furia del temporal del que los habia salvado, atendiendo á sus fervorosas oraciones, el divino Ser que para unirse al hombre creó Dios y dió forma humana. Eso dijo el predicador, ¡el que hizo un sermón! pero que sermón! mejor que los de Vd., tia Manuela.

—¡Ya! como que el que *preicaba* era un *Padre de la Iglesia* (1), repuso la anciana.

—Pero cuándo llegó á dar gracias á la Señora por su beneficio, allí fué rebosar los corazones, postrarse todos, y deshacerse en llanto; yo, tia Manuela, lloraba por mi cara abajo cada lagrimon como un garbanzo: lo que ni antes ni despues me ha sucedido en toda mi vida de Dios.

—Llamadas, llamadas, hijo mio, que hace Su Divina Majestad á nuestros corazones, repuso conmovida la anciana.

—Cerca de mí, prosiguió el soldado, estaba arrodillada una señora muy devota de la Virgen del Cármen, y muy entusiasmada por la guerra de Africa como todas las *señás* mugeres de Cádiz.

—Dí de todita la España entera, observó la tia Manuela; *arrepara*, Roque, que las mugeres nos vamos siempre á lo bueno y á lo *ligitimo* por propia inclinacion aun sin saber el camino, como los arr oyes al río.

—No dice Vd. malamente, tia Manuela.—Pues señor, como iba diciendo, la señora aquella cuando se remató la funcion se acercó á mí, y me dió un escapulario de la Virgen del Cármen, encargándome mucho que lo llevase al cuello, poniéndome con fè y amor bajo el amparo de la piadosa Madre de Dios, y me encomendase á ella en todos los peligros y riesgos que me iban á rodear. Se lo prometí, lo tomé, lo besé, y me lo colgué al cuello.

—¡Puesto lo tiene! dijo ufana la madre del narrador.

Este prosiguió:

—Ya en la travesía nos cogió un temporal de los mas desatados. ¡Tia Manuela, Vd. nunca ha visto la mar?

—No, hijo, ni ganas, pues he oido decir que no se le ve el fin, no se le halla el fondo, que ruge como una manada de toros, y que tiene en sus centros unos peces diformes que les dicen *tibuirones* que se comen á las gentes, y eso no me hace ni chispa de gracia.

—Cuando hay que verla, tia Mauuela, es embarcado y en dia de temporal. Está la embarcacion metida entre montes de agua tan altos como los de Ronda, que todos se mueven y revientan echando espumarajos, y se tiran unos á otros el bagel como si fuera una pelota; y cuenta con que en ese azar no hay que contar con mas ayuda ni mas auxilio que el del cielo; asina es, que dice bien el refran: *si quieres aprender á orar, entra en la mar*. Por mí puedo decir que me encomendé con gran fervor á la Señora, y me sentí despues tan reposado de ánimo como si hubiésemos navegado sobre un charco de aceite. Cuando felizmente arribamos, le dije á la Virgen; ¡Ea, madre mia! ya has empezado á ampararme; no desvies, Virgen piadosa, de mí, tu santa proteccion!

—Oye, Roque, ¿y aquellas playas son como las de por acá? preguntó la vecina.

—Ahora no es sazon de platicar de eso, que me tengo que volver á la era, y no me detengo mas que el tiempo que eche madre en llenar á *SALUD* y *GRACIA*.

Diciendo esto, alargó el soldado á su madre dos astas de buey pulimentadas, y perfectamente cerradas en su parte abierta por una tapadera de madera ó corcho con un boton clavado en medio para poder alzarlas de su sitio, en que llevan los trabajadores al campo el aceite y el vinagre necesarios para la confeccion de su gazpacho, á las que han puesto por nombre *Salud* y *Gracia*, por refrescar la sangre el vinagre, y dar sabor al manjar el aceite.

—Mientras hace tu madre esa faena, acaba de contarnos tu percance, rogó la vecina.

—Si, hombre, añadió la tia Manuela, no nos dejes á media miel.

—Un dia despues del rancho, principió el soldado, estábamos unos cuantos de chacota; yo habia bebido un trago y estaba *chispoletto*; la verdad se ha de decir, tanto mas en estas ocasiones en las que no es el hombre el que obra sino el compañero que lleva consigo (1). Lo habia yo emprendido con un lebrijano (2) que no estaba *chispoletto* como yo, sino *calamocano* (3) y no paraba de poner por las nubes la torre de la iglesia de su pueblo. Ya se vé, le dije yo, como que están Vds. los lebrijanos tan ufanos con la torre de la iglesia de su pueblo, que cuando se acabó de labrar y llegó el invierno, no sabiendo como resguardarla de la inclemencia del tiempo, se juntaron los vecinos del pueblo, mataron cuantas ovejas tenian, y con sus pieles le hicieron una zamarra á la torre; por lo cual se les conoce á Vds. hasta el dia de hoy por *los de la zamarra*.

El lebrijano se amoscó, y me preguntó si por acaso queria yo manifestar con lo que iba diciendo, que fuesen las gentes de su pueblo unos bárbaros.—¿Qué habian de ser?—le respondí yo; son muy discretos y advertidos, y sino dígalos la peticion que hicieron al Rey en ocasion de subir una arriada grande la vega hasta llegar al pié del cerro en que está el pueblo, pidiendo á S. M. que declarase á Lebrija puer-to de mar.

(1) El vino.

(2) Natural de Lebrija.

(3) Un grado mas de embriaguez.

(1) Un Sacerdote.

—¡Qué guason (1)! dijeron riéndose las mugeres.

—No sabes, hijo, observó la tía Manuela, que los lebrijanos se atufan con esas chanzas, que las chanzas acaban mal, y que las burlas dice el refrán, que dejarlas cuando mas agradan.

—Tía Manuela, dijo el soldado, despues del asno muerto la cebada al rabo. A mi costa lo supe, y tambien que no hay peor burla que la verdadera, porque el lebrijano se amostazó y me dijo por lo claro y con todas sus letras, que los de Dos-Hermanas éramos unos bárbaros, mas gansos que pajares, y mas tontos que habas heladas, y yo levanté la mano y le di una guantada de cuello vuelto.

—¡Ave María, hombre! hiciste mal, dijo la tía Manuela.

—Señora, quien no se siente de una mala razon no se siente de una puñalada; me injurió, y hombre honrado antes muerto que injuriado. Salimos al campo desafiados. El lebrijano estaba tan ciego por la ira y por el vino, que me acometia furioso pero sin tino; yo que ni queria matarlo ni que él me matase á mí, lo paré con un golpe de plano sobre la cabeza que lo atolondró y lo tumbó de espaldas. Volvíme al campamento dejándolo allí tendido que durmiese la mona.

Pero llegó la hora de la lista de la tarde, y faltó él. Tomaron informes, y no faltó quien dijera que nos habian visto salir desafiados del campamento, y señalase el rumbo que habíamos tomado. Mandaron á un cabo y unos soldados á reconocer el sitio, y en él hallaron al lebrijano bárbaramente degollado.

—¡Jesus María! Dios santo! exclamaron á una vez las mugeres. Roque, ¿matáste á ese hombre sin querer?

—¡Vaya! no que si lo hubiese matado queriendo ó sin querer, estaría yo aquí á la presente refiriendo el caso!

—Sigue adelante, Roque, cuenta lo que sucedió, que me tienes como á aquel que está temiendo que se le caiga el techo encima, dijo la tía Manuela.

—Allá iban las cosas vivas, continuó el soldado; en un santiamén se me hizo consejo de guerra, y cátenme Vds., á pesar de haber jurado que yo no era el reo de aquel delito, condenado á ser *afusilado*, sin mas consuelo que acudir á la Virgen Santísima del Cármen que ya me habia sacado de entre las olas embravecidas, para que me librase en aquel trance, en el que no me quedaba esperanza alguna en lo humano.

Una mañana me sacaron del arresto para llevarme al consejo.—Voy á ser *afusilado* sobre la marcha, pensé, saqué del pecho mi escapulario, lo besé, y le dije á la Señora: ya que no me hayáis salvado la vida por no ser la voluntad de Dios, alcanzadme, madre mia, una buena muerte, que no niega el Señor al que conforme con su suerte y contrito de sus culpas, se la pide. No os pido ánimo, Madre mia, que no me falta, sino que muerto yo consoleis á mi pobre madre; infundidle, Señora, que muero inocente, para que me llore desgraciado, pero no me llore perverso, como voy á aparecer á los ojos de los hombres.

Las mugeres se habian todas echado á llorar con esa blandura de corazon propia de las gentes sencillas.

—¡Hijo de mi alma, de mi vida, y de mis entrañas; decia su madre, si le hubiesen quitado la vida *afusilado*, me la quitaban á mí aquellos mismos tiros!

—¡Pobrecito! qué pasaría, Dios de mi vida! pobrecito! repetian las otras mugeres.

(1) El que dá chanzas pesadas ó necias.

Pobrecito!... dulce y compasiva voz que de mancomun han puesto en los lábios de los hombres el ángel del amor y el de la compasion, pues ambos afectos se unen en ella, como se funden sobre la frente del niño doliente, el sonido del beso y del suspiro de su madre.

—¡Pero qué! prosiguió animándose el hijo del pueblo católico, la Señora habia sacado la cara por mí! Aquella mañana una partida que hacia un reconocimiento, habia hallado escondidos entre los matorrales á unos moros que apresaron, y registrados que fueron, le hallaron á uno de ellos una medalla de plata. Aquella medalla la reconocieron los compañeros del lebrijano por ser de aquel que la llevaba siempre colgada del cuello. Entonces los gefes sospecharon lo acaecido, que aquel desgraciado habria sido en su borrachera degollado por los moros. Prometieron la vida á los presos si declaraban la verdad, y decian cual de ellos habia muerto al soldado. Entonces cantaron de plano y dijeron que el matador lo habia sido el moro á quien hallaron la medalla. Ahora bien, ¿saben Vds. que medalla era la que me habia salvado la honra y la vida probando mi inocencia? *La medalla de la Virgen del Cármen!*

—¡Madre mia! Madre mia! exclamaron las mugeres con enternecida y entusiasta aclamacion.

—Roque, dijo la tía Manuela, ¿y no hicistes en aquel instante una promesa en accion de gracias á tan piadosa medianera, por el patente amparo que te prestó?

—Sí, señora, contestó el soldado. Prometile (así me dé Dios vida para cumplirlo!) de proclamar mientras viva su santo nombre mas alto que las estrellas; bendecirle agradecido cada dia y á cada hora y..... no fumar nunca en sabado.

FERNAN CABALLERO.

CARLOMAGNO

Y LOS TRIBUNALES SECRETOS DE LA EDAD MEDIA.

LEYENDA SEGUNDA.

El gran principio de la justicia universal y de sus aplicaciones está tan fuertemente adherido al corazon del hombre, está tan encarnado en la vida política y civil de los pueblos, que no es dable concebir la idea de una sociedad en que no exista justicia. Así es, pues, que á cada paso nos resuenan en los oídos las palabras, JUSTICIA DISTRIBUTIVA ó CONMUTATIVA: ACTOS DE TREMENDA INJUSTICIA: y en los tiempos de oscuridad y confusion, en esos tiempos en que todos los derechos mas inviolables y sagrados degeneran por malignidad de los hombres en abusos horrendos, el gran principio de la justicia universal, que no encuentra un apoyo sólido ni firme en las constituciones del Estado, busca un asilo en el seno de sociedades misteriosas y oscuras, como LOS TRIBUNALES SECRETOS DE LA EDAD MEDIA, cuya memoria terrible conservamos todavía. Era su objeto defender la inocencia, amparar á los desvalidos, escurar á las víctimas de la arbitrariedad, humillar á los magnates y señores feudatarios. Pero la administracion de la justicia, cualesquiera que sean los fines, que sus jueces se proponen; cualesquiera que sea la rectitud de sus intenciones; cuando